

Emma Chase

ENREDADOS, 2

Más enredos

Enredados, 2
Más enredos

Emma Chase

Esencia/Planeta

Título original: *Twisted*

- © Emma Chase, 2014
Publicado de acuerdo con el editor original, Gallery Books, una división de Simon and Schuster, Inc.
- © por la traducción, Laura Fernández Nogales, 2016
- © Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com
- © Imagen de la cubierta: KPG Ivary - Shutterstock

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: febrero de 2016
ISBN: 978-84-08-14955-2
Depósito legal: B. 95-2016
Composición: Tiffitext, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1



Cuando iba al instituto, la biología era mi asignatura preferida. Lo que más me fascinaba eran las especies que se transformaban en seres completamente nuevos. Como los renacuajos. O las mariposas. Empiezan siendo una cosa, pero acaban siendo seres completamente distintos.

Irreconocibles.

Todo el mundo mira las mariposas y piensa «qué bonitas», pero nadie valora lo que han tenido que pasar para convertirse en lo que son. Cuando la oruga construye su capullo, no tiene ni idea de lo que está pasando. No comprende que está cambiando.

Cree que se está muriendo, que su mundo se está acabando. La metamorfosis es dolorosa. Aterradora y desconocida. Sólo cuando ha pasado todo es cuando la oruga comprende que ha valido la pena.

Porque ya puede volar.

Y así es como me siento ahora mismo. Soy mucho más de lo que era entonces. Más fuerte.

¿Pensabais que antes era dura?

Os engañé. La mayor parte era bravuconería. Pura fachada.

Tratar con Drew Evans es como nadar sobre una de esas olas salvajes de la playa. Es abrumador. Y si no pisas fuerte para aguantar el ritmo, te pasa por encima y te deja atrás con la cara llena de arena.

Así que tuve que fingir que era una tía dura.

Pero ahora ya no necesito fingir, porque ahora soy de granito puro. Completamente indestructible.

Preguntad a cualquiera que haya sobrevivido a un terremoto a medianoche o a un incendio que destruye lo que más les importa. Las experiencias de devastación inesperadas cambian a las personas.

Y yo añoro mi anterior yo. Y mi anterior vida. La que planeé compartir con Drew para siempre.

Parecéis confundidos. Disculpad, empezaremos de nuevo.

¿Veis a esa mujer? Sí, la que está en el columpio de ese parque vacío.

Soy yo, Kate Brooks.

Aunque no del todo. Por lo menos no soy la Kate que vosotros recordáis. Como ya os he dicho, ahora soy distinta.

Probablemente os estéis preguntando por qué vuelvo a estar en Greenville, Ohio, yo sola.

Técnicamente hablando, no estoy sola.

Pero ya nos ocuparemos de eso más tarde.

El motivo por el que estoy en Greenville es muy sencillo: no podía soportar quedarme en Nueva York ni un solo día más. No después de todo lo que ha pasado.

¿Que dónde está Drew?

Él sigue en Nueva York. Probablemente se esté recuperando de una resaca monumental. O quizá siga borracho. Quién sabe. Tampoco hace falta que nos preocupemos mucho por él. Ya hay una atractiva bailarina exótica cuidándolo.

Sí, he dicho *bailarina exótica*. Por lo menos espero que fuera una bailarina. Aunque también podría ser una prostituta.

¿Creíais que Drew y yo seríamos felices y comeríamos perdices?

¿Que viviríamos felices para siempre? Bienvenidos al club. Por lo visto, lo de «felices para siempre» sólo dura dos años.

No comprobéis el título. Estáis en el sitio correcto. Esto sigue siendo el espectáculo de Drew y Kate. Lo que pasa es que está patas arriba. Hecho un lío. Bienvenido a Oz, *Totó*. Vivir aquí es una mierda.

¿Qué? ¿Creéis que hablo igual que Drew? Eso es lo que dice

Delores, que me ha contagiado su ordinariedad. Lo llama *Drewlecto*. Supongo que después de dos años se te acaba pegando.

Imagino que os estaréis preguntando qué ha pasado. «Estabais tan enamorados, erais tan perfectos el uno para el otro...» Decídmelo a mí.

O, mejor aún, decídselo a la bailarina.

En cualquier caso, lo creáis o no, el auténtico problema no fue otra mujer. Por lo menos al principio. Drew no mentía cuando dijo que siempre me querría. Era así. Aún me quiere.

Pero no nos quería a los dos.

¿Seguís sin entenderlo? Eso es porque no lo estoy contando bien. Debería empezar por el principio. Veréis, la semana que averigüé...

No, esperad. Así tampoco va a funcionar. Para entenderlo tenemos que remontarnos un poco más lejos.

Nuestro final comenzó hará más o menos un mes. Empezaremos por ahí.

Cinco semanas antes

—¡Pues me parece que tenemos un trato!

El tipo del sombrero vaquero que está firmando esos documentos sentado en la otra punta de la mesa de reuniones es Jackson Howard padre. Y la versión más joven con el sombrero negro que está sentado a su lado es su hijo Jack.

Son ganaderos. Propietarios del rancho más grande de Norteamérica, y acaban de adquirir el software GPS más innovador del país. Aunque quizá os estéis preguntando por qué querrían dos empresarios ricos cruzar todo el país para ampliar su imperio, ¿no es así?

Porque quieren lo mejor. Y yo soy la mejor.

O debería decir que nosotros somos los mejores.

Drew coge el documento final.

—Ya lo creo, Jack. Si estuviera en tu lugar, yo empezaría a mirar yates para meterme en el negocio de los viajes. Cuando comencéis a recoger beneficios, tu asesor fiscal necesitará algo grande que poder declarar.

Kate y Drew.

El *dream team* de Evans, Reinhart y Fisher.

John Evans, el padre de Drew, sabía muy bien lo que se hacía cuando nos emparejó. Cosa que le encanta recordarnos con orgullo.

Según afirma, él ya sabía que Drew y yo formaríamos un equipo invencible, siempre que no acabáramos matándonos el uno al otro. Por lo visto era un riesgo que John estaba dispuesto a correr. Evidentemente él no sabía que terminaríamos juntos de la forma en que estamos ahora, pero también se atribuye ese mérito. Ya empezáis a entender de dónde le viene a Drew, ¿verdad?

Erin entra con los abrigos de nuestros clientes. Establece contacto visual con Drew y se toca el reloj. Él asiente con discreción.

—Propongo que salgamos a celebrarlo —dice Jackson Howard—, ¡vayamos de parranda! Quiero ver si estos chicos de ciudad pueden con un tipo como yo.

A pesar de rondar ya los setenta, tiene la energía de un muchacho de veinte años. Y me parece que tiene más de una buena anécdota escondida en la manga.

Abro la boca para aceptar la invitación, pero Drew me corta:

—Nos encantaría, Jack, pero por desgracia Kate y yo tenemos un compromiso previo. Abajo hay un coche esperándoos para llevaros a los mejores locales de la ciudad. Pasadlo bien. Invitamos nosotros.

Se ponen de pie y Jack se lleva las manos al ala del sombrero mirando a Drew.

—Es un detalle por tu parte, muchacho.

—Es un placer.

Cuando nos acercamos a la puerta, Jack hijo se vuelve hacia mí y me ofrece su tarjeta.

—Ha sido un auténtico placer trabajar con usted, señorita Brooks. La próxima vez que pase por mi territorio, me encantaría enseñarle aquello. Tengo la sensación de que le gustará mucho Texas. Quizá incluso decida quedarse a echar raíces.

Sí, me está tirando los tejos. Tal vez os parezca un poco sórdido. Yo habría pensado lo mismo hace dos años. Pero, tal como me advirtió Drew por aquel entonces, es algo que sucede todo el tiempo. Los empresarios son escurridizos y chulos. Tienen que ser así.

Ése es uno de los motivos por los que este sector tiene el tercer porcentaje más alto de infidelidades, por detrás de los camioneros y los policías. Las horas intempestivas, los viajes frecuentes... Alternar un poco es casi inevitable. Una conclusión ineludible.

Así es como empezamos Drew y yo, ¿os acordáis?

Pero Jack hijo no es como otros capullos que me han hecho proposiciones. Él parece sincero, dulce. Así que sonríe y alargo la mano para aceptar su tarjeta, sólo por ser educada.

Sin embargo, Drew se mueve más rápido que yo.

—Será un placer. No tenemos mucho trabajo por el sur, pero la próxima vez que pasemos por allí os daremos un toque.

Está intentando ser profesional, permanecer impassible, pero está apretando los dientes. Ya sé que está sonriendo, pero ¿habéis visto *El señor de los anillos*? Gollum también sonreía.

Justo antes de morder la mano de ese tipo que le había quitado «su tesoro».

Drew es territorial y posesivo. Es así.

Una vez Matthew me contó una historia: el primer día de guardería de Drew, su madre le compró una fiambarrera, una de Yoda. Cuando salieron al recreo, Drew se negó a sacarla porque era suya y tenía miedo de que alguien la rompiera. O se la robara. Matthew tardó una semana en convencerlo de que nadie se la rompería y de que, llegado el caso, juntos podrían patearle el culo a cualquiera que se atreviera.

En momentos como éste sé perfectamente cómo se sentía esa fiambarrera.

Le sonrío con amabilidad a Jack hijo y él se lleva los dedos al sombrero. Luego se marchan.

En cuanto la puerta se cierra tras ellos, Drew rompe por la mitad la tarjeta de Jack hijo.

—Baboso.

Yo lo empujo por el hombro.

—Para ya. Ha sido muy amable.

Drew me mira a los ojos.

—Así que el vaquero te ha parecido amable, ¿eh? —Da un paso adelante.

—Pues sí.

Su voz adopta un falso acento sureño cuando dice:

—Debería comprarme unos zahones. Y un sombrero de vaquero. —Su tono se torna grave—. Ohhh, o mejor aún, te conseguiremos uno para ti. Yo puedo ser tu semental salvaje y tú puedes ser la descarada vaquera que me cabalgue.

Y lo más divertido es que no está bromeando del todo.

Yo niego con la cabeza mientras sonrío.

—Y ¿cuál es esa reunión misteriosa que tenemos? Yo no tengo nada programado.

Él esboza una amplia sonrisa.

—Tenemos una cita en el aeropuerto. —Se saca dos billetes de avión del bolsillo del traje.

De primera clase, a Cabo San Lucas.

Inspiro rápido.

—¿A Cabo?

A él le brillan los ojos.

—Sorpresa.

En los dos últimos años he viajado más que en toda mi vida: los cerezos en flor de Japón, las aguas cristalinas de Portugal... Siempre a lugares que Drew ya había visto, donde ya había estado.

Síntos que quería compartir conmigo.

Entonces miro los billetes con más detenimiento y frunzo el ceño.

—Drew, el vuelo sale dentro de tres horas. No me da tiempo a hacer la maleta.

Saca dos bolsas del armario.

—Menos mal que ya la he hecho por ti.

Le rodeo el cuello con los brazos y lo estrecho con fuerza.

—Eres el mejor novio del mundo.

Él sonrío de esa forma que hace que sienta ganas de besarlo y abofetearlo al mismo tiempo.

—Sí, ya lo sé.

El hotel es alucinante. Tiene unas vistas que sólo había visto en postales. Estamos en el último piso, en la suite del ático. Al igual que Richard Gere en *Pretty Woman*, Drew busca siempre lo mejor.

Cuando llegamos ya es tarde, pero después de la cabezadita que hemos echado en el avión, ambos estamos descansados. Con energía.

Y hambrientos.

Hoy en día todas las aerolíneas están recortando, incluso en primera clase. El hecho de que los sándwiches sean gratuitos no significa que sean comestibles.

Mientras Drew está en la ducha, yo empiezo a deshacer el equipaje. ¿Que por qué no nos estamos duchando juntos? No tengo por qué contestar a eso, ¿verdad?

Dejo las bolsas sobre la cama y las abro. La mayoría de los hombres ven una maleta vacía como si fuera una especie de ecuación física: pueden mirarla fijamente durante horas, pero siguen sin tener ni idea de lo que se supone que deben hacer con ella.

Sin embargo, ése no es el caso de Drew.

Él es el señor «yo pienso en todo».

Ha cogido todos los imprevistos en los que no pensaría la mayoría de los hombres. Todo lo que puedo necesitar para que mis vacaciones me resulten cómodas y divertidas.

Excepto la ropa interior. No hay ni un solo par de bragas en toda la maleta.

Y no es un descuido.

Mi novio padece un profundo odio por la ropa interior. Si fuera por él, ambos nos pasearíamos por ahí como Adán y Eva, aunque sin las hojas de parra, claro.

No obstante, sí que ha cogido el resto de los básicos: desodorante, espuma de afeitarse, una cuchilla, maquillaje, la caja donde guardo la píldora, crema hidratante, lo que queda del antibiótico para la infección de oído que cogí la semana pasada, antiojeras, etcétera.

Y deberíamos detenernos aquí para un breve anuncio público.

Tengo varios clientes del sector farmacéutico. Y esas compañías disponen de departamentos enteros cuyo trabajo es escribir.

¿Que qué escriben? ¿Sabéis esos papelitos que vienen dentro de las cajas de los medicamentos? Sí, esos en los que aparece una lista de cualquier efecto secundario y lo que uno debe hacer en caso de padecer alguno. Puede provocar somnolencia, no utilice maquinaria pesada, póngase en contacto con su médico inmediatamente, bla-bla-bla.

La mayoría de nosotros nos limitamos a abrir la caja, sacar las pastillas y tirar el resto. La mayoría lo hacemos, aunque no deberíamos. No os voy a aburrir ahora con una charla. Lo único que os diré de momento es esto: leed el prospecto. Os alegraréis mucho de haberlo hecho.

Ahora volvamos a México.

Drew sale del baño con una toalla anudada a la cintura y yo me olvido de la maleta. ¿Sabéis que algunos hombres son más de tetas y otros de culos? Con las mujeres pasa lo mismo. Yo, por ejemplo, soy una apasionada de los antebrazos. Los antebrazos de un hombre tienen algo que es sencillamente... excitante. Masculino; algo muy viril.

Drew tiene los mejores antebrazos que he visto en mi vida. Firmes y torneados, ni demasiado gruesos ni demasiado finos, y están recubiertos de la cantidad justa de pelo.

Se quita la toalla de las caderas y se seca los hombros. Estoy bastante convencida de que he empezado a babear.

Quizá en realidad tenga más predilección por los culos.

—¿Sabes que es de mala educación mirar a alguien fijamente?

Arrastro los ojos hasta los suyos. Está sonriendo. Y doy un paso hacia él como un puma acechando su presa.

—¿Ah, sí?

Drew se humedece los labios.

—Sí.

Una gota de agua resbala por el centro de su pecho.

¿Alguien más está sedienta?

—Pues no quiero ser irrespetuosa.

—Dios no lo quiera.

Justo cuando estoy a punto de agacharme para lamerle la gota de agua, el estómago me ruge con fuerza.

Grrrrrrr.

Drew se ríe.

—Quizá debería alimentarte primero. Vas a necesitar mucha energía para lo que tengo planeado.

Me muerdo el labio ante la expectativa.

—¿Tienes algo planeado?

—¿Para ti? Siempre.

Me da media vuelta y me da un azote en el trasero.

—Venga, mete este delicioso culito en la ducha. Cuanto antes comamos, antes podremos volver aquí a follar hasta que salga el sol.

En realidad no pretende parecer tan ordinario.

Sí, tenéis razón, probablemente sí lo pretenda.

Una hora después salimos a cenar. Drew me ha sorprendido con un vestido nuevo: un ibicenco sin tirantes con una falda que flota justo por encima de mi rodilla. Llevo el pelo suelto y ligeramente ondulado; sé que a él le gusta que lo lleve así.

En cuanto a mi novio, soy incapaz de quitarle los ojos de encima. Lleva unos pantalones tostados y una camisa blanca nueva con algunos botones desabrochados y las mangas remangadas hasta los codos.

«Impactante.»

Llegamos al restaurante.

La cultura latina siempre me ha resultado interesante. La música, la gente... Son enérgicos, volátiles.

Apasionados.

Todas esas palabras describen el lugar en el que estamos cenando esta noche. La luz es tenue, la única iluminación procede de las velas que hay sobre las mesas y las lucecitas parpadeantes del techo. Hay una pequeña banda de músicos apostados en una esquina del local que deleitan a los clientes con un ritmo constante.

Drew pide una mesa para dos en español.

Sí, habla español. Y francés. Ahora está aprendiendo japonés. ¿Creíais que tenía una voz sexi? Creedme, hasta que no lo oigáis susurrar frases diseñadas para sonrojar a cualquiera en una lengua extranjera no conoceréis el verdadero significado de la palabra *sexí*.

Seguimos a la robusta camarera morena hasta la mesa de la esquina.

Ahora detengámonos unos instantes para mirar a nuestro alrededor. ¿Veis toda la atención femenina que acapara Drew en cuanto entra en el local? Las miradas de apreciación, los ojos invitantes...

Yo sí que me doy cuenta, siempre lo hago.

Pero he aquí lo más importante: Drew no se da cuenta. Porque no está mirando. A ninguna de ellas.

Esto va para los chicos que crean que mirar no hace daño a nadie: os equivocáis. Porque las mujeres no piensan que sólo estáis

disfrutando de las vistas. Nosotras creemos que estáis comparándonos con las demás, que tenemos carencias. Y eso escuece. Tanto como cortarse el cristalino del ojo con una hoja de papel.

Soy plenamente consciente de que Drew podría tener a la mujer que quisiera, una modelo de Beverly Hills, una heredera de Park Avenue... Pero me eligió a mí. Luchó por mí. Así que cuando salimos y ocurre esto, es como una inyección de seguridad para mí.

Porque yo soy la única mujer a la que mira.

Nos sentamos a la mesa y repasamos los menús.

—Explícame otra vez cómo conseguiste pasar por la universidad y cursar un máster sin beber tequila.

Me río de su pregunta al recordar.

—En el instituto acampábamos alrededor de hogueras.

¿Alguna vez habéis dormido utilizando una botella de dos litros de refresco vacía como almohada? No es muy divertido.

—Una noche, Billy y los demás chicos estaban bebiendo tequila y Billy se tragó el gusano. Al rato empezó a alucinar. Por aquel entonces estábamos estudiando la anatomía de los anfibios y, con el subidón, Billy se convenció de que era una rana y que Delores quería diseccionarlo. Huyó corriendo él solo por el bosque y tardamos tres horas en encontrarlo. Cuando por fin lo vimos tenía la lengua metida en el barro. Desde entonces me ha dado un poco de respeto probar el tequila.

Drew niega con la cabeza.

—Volvemos a confirmar una vez más lo que ya sabíamos: Billy Warren es, siempre ha sido y siempre será un completo idiota.

Ya estoy acostumbrada a que Drew se meta con Billy. Y en este caso no se equivoca del todo. Así que digo:

—Mientras no me obligues a tragarme el gusano, lo probaré.

Se le iluminan los ojos como a un niño en una tienda de bicicletas.

—¿Sabes qué significa eso?

—¿Qué?

Drew enarca las cejas.

—Que ahora puedo enseñarte los placeres derivados de beber sobre el cuerpo de otra persona.

Aunque no crea que sea necesario beber para disfrutar de una sesión de buen sexo, es cierto que nunca está de más tomarse unas cuantas copas.

Drew y yo vamos en el ascensor de camino a nuestra habitación, y los dos estamos bastante afectados por el tequila. Puedo sentir su sabor en la lengua de Drew: amargo con una nota cítrica. Me ha empotrado contra la pared, tengo la falda remangada a la altura de la cintura y nos estamos apretando y frotando el uno contra el otro.

Me alegro de que no haya nadie más en el ascensor, aunque llegados a este punto estoy demasiado cachonda como para que me importe un pimiento.

Nos tambaleamos hasta la habitación sin dejar de sobarnos y besarnos.

Drew cierra de un portazo y me da media vuelta. De un rápido movimiento me baja el vestido y me deja desnuda. Excepto por los tacones.

Me inclino sobre el escritorio y me apoyo sobre los codos. Oigo el siseo de una cremallera y entonces lo siento. Desliza la polla por entre mis labios y se asegura de que estoy preparada.

Yo siempre estoy preparada para él.

—No seas malo —gimoteo.

Entre el tequila y el paseíto en ascensor, estoy muy excitada. Necesitada. Drew se interna muy despacio, pero hasta el fondo. Y yo suspiro.

Todos sabemos que se dice que cuanto más grande mejor. Drew la tiene grande. No es que pueda compararlo con muchos hombres, pero la tiene el doble de grande que Billy.

No os estaré incomodando, ¿verdad, chicos? Noticias frescas: así es como hablan las mujeres. Por lo menos, cuando no podéis oírlas.

En cualquier caso, no es el tamaño lo que importa. Es el ritmo, el paso, saber cómo llegar a esos deliciosos puntos aplicando la presión adecuada. Así que la próxima vez que veáis un anuncio que promete alargar vuestro pene a cambio de dinero, ahorráos la pasta y compraos un *Kama sutra*.

Drew me agarra del pelo, tira hacia atrás de mi cabeza y empieza a moverse más deprisa. Rápido y con fuerza. Yo me aferro al borde del escritorio para no perder el equilibrio.

Me besa el hombro y me susurra al oído:

—¿Te gusta, nena?

Yo gimo.

—Sí..., sí... mucho.

Me embiste con más fuerza y hace tambalear toda la mesa.

Y entonces alcanzo el orgasmo como una locomotora fuera de control.

Estoy flotando, ingrávida.

Y es sublime.

Drew reduce el ritmo de sus caderas para alargarlo y hacerlo durar mientras yo desciendo de las alturas. Me estrecha contra su torso y sus dedos trepan por mi estómago hasta llegar a mis pechos para agarrarlos y masajearlos con ambas manos.

Le rodeo el cuello con las manos, vuelvo la cabeza y busco sus labios con los míos.

Adoro su boca, sus besos, su lengua. Besar es una forma de arte, y Drew Evans es Miguel Ángel.

A continuación, sale de mi cuerpo y yo me doy media vuelta hacia él para seguirlo hasta la cama. Se sienta en el borde y me coloco encima de él y le rodeo la cintura con las piernas.

«Joder..., sí.»

Así es como más me gusta: pecho contra pecho, boca contra

boca, sin dejar ni un centímetro de espacio entre nosotros. Se la cojo con la mano y me deslizo sobre ella. Mi interior se dilata a su paso y Drew gime. Me levanto muy despacio y me dejo caer con fuerza. Parece que estamos comprobando la resistencia de los muelles de la cama.

Ñiqui.

Ñiqui.

Empiezo a moverme más deprisa. Ambos tenemos el cuerpo pegajoso a causa del calor mexicano.

Drew me coge la cara con las manos y pasea los pulgares por mi piel con una ternura repentina. Con adoración.

Nuestras frentes se pegan la una a la otra y bajo la luz tenue puedo ver cómo él mira hacia abajo, justo hacia el punto donde se mueve dentro y fuera de mí.

Y yo también miro.

Es erótico, sensual.

Le aparto el pelo de la frente.

Y mi voz suplica:

—Dime que me quieres.

No lo dice muy a menudo, prefiere demostrármelo. Pero yo nunca me canso de oírlo porque, cada vez que dice esas palabras, me sobrecojo igual que el primer día.

—Te quiero, Kate.

Sigue cogiéndome la cara con las manos. Los dos estamos jadeando, nos movemos cada vez más rápido, cada vez estamos más cerca. La sensación es muy espiritual.

Una conexión sagrada.

La voz de Drew suena apagada, sin aliento.

—Dime que no me dejarás nunca.

Ahora tiene una mirada muy suave en los ojos; plata líquida que implora reafirmación.

A pesar de toda su osadía y su seguridad, creo que aún hay una parte de él que sigue torturada por aquella semana que creyó que yo

había elegido seguir con Billy en lugar de estar con él. Creo que por eso se esfuerza tanto en demostrarme lo mucho que me desea.

Para que no me quede ninguna duda de que elegí bien.

Sonríó con suavidad y lo miro a los ojos.

—Nunca. Nunca te dejaré, Drew.

Las palabras parecen votos.

Me agarra de la cadera, me levanta y me ayuda a moverme.

—Dios, Kate...

Se le cierran los ojos.

Y nuestras bocas se abren para dar y tomar el aliento del otro. Le toco la cara y lo beso con dulzura. Drew se deja caer de espaldas sobre la cama y me lleva consigo manteniéndome sobre su cuerpo. Nos quedamos de esa forma durante un rato hasta que nuestros corazones se relajan y nuestra respiración se normaliza.

Y entonces Drew me tumba debajo de él.

Y lo hacemos otra vez.